

Estos ejemplos bastan para dar una idea de los sepulcros de los mártires de nombre propio. Mañana buscaremos los medios empleados por los fieles para conocer los nombres de sus hermanos; esta es una de las más bellas cuestiones de la arqueología cristiana.

### 17 DE MARZO.

San José de Arimatea.—Catacumbas de la Vía Flaminiana.—Catacumbas de San Valentin ó de San Julio.—Historia.—Medios por los cuales los cristianos conocian el nombre de los mártires.—Signos del martirio.—La Palma, primer signo.

En aquellos tesoros de reliquias insignes, San Pedro de Roma posee un brazo de San José de Arimatea. Hoy se hacia la fiesta del noble decurion que dió la sepultura al Rey de los mártires. Fuimos con una multitud piadosa á venerar aquel brazo más glorioso que el brazo de los conquistadores y de los señores del mundo. Nos era dulce pensar que la caridad, el valor, la piedad del santo israelita respecto á Nuestro Señor, habian servido de modelo á los heróicos sepultureros cuya obra íbamos á seguir admirando en las vastas galerías de la Roma subterránea. Esta circunstancia es una prueba más de que la sepultura de los primeros cristianos de Roma, tiene su tipo en la divina sepultura del Calvario. Sonaban las diez cuando atravesábamos la plaza del Pueblo. A los pocos momentos estuvimos en la Vía Flaminiana, cuya antigua Catacumba teniamos que estudiar. Aquí, como en otras partes, un largo cortejo de recuerdos acompaña al peregrino hasta el lugar teatro de sus investigaciones.

El primero es el del cónsul Cayo Flaminio que abrió esta Vía que llegó á ser tan célebre y que le dió su nombre. Ella

le vió pasar yendo á encontrar á Anibal, pero no le vió volver. Con una parte de su ejército habia perdido la vida en las orillas del lago Frasimeno. Más tarde otro miembro de la misma familia, el cónsul Flaminio, vencedor de la Liguria, continuó aquella misma Vía y la mandó poner pavimento de anchas losas, hasta Rimini. 1

El segundo recuerdo es el de Neron. Cuando la noche habia extendido sobre Roma un espeso velo y el indigno emperador podia ocultarse á sus miradas, venia á este lugar no léjos del *Ponte Molle*, á errar como una sombra siniestra y á buscar placeres que según la expresion de un historiador harian palidecer á la luna. 2 El *Ponte-Molle* que bien pronto se atraviesa, repite el horrible sacrificio de que fué teatro largo tiempo. Cada año los sacerdotes de Saturno llevaban allí á una víctima humana, la cual precipitaban viva en el Tiber. 3 A la derecha y á la izquierda se levantaban mausoleos y vilas; mausoleos de libertos y de histriones, vilas de emperadores y de emperatrices cuyas ruinas hoy inconocibles atestiguan una vez más la nada de las riquezas y de las grandezas humanas. 4.

A todas estas glorias pasadas sucede la gloria inmortal de nuestros mártires. El más ilustre es el que dió su nombre á la Catacumba á que vamos á bajar. Era la más fuerte de la persecucion de Claudio segundo; los cristianos azorados, perma-

1 Sext Pomp.; et Strab., lib. 5.

2 Pons Milvius in eo tempore celebris nocturnis illecebris erat; ventitabatque illuc Nero, quo solutius urbem extra la-civiret. "El puente Milvio era célebre en aquel tiempo por los placeres nocturnos; Neron vagaba por aquel lugar en que podia libremente entregarse á la lascivia." Tacit., "Hist.," lib. III.

3 Lact., "Inst. Div.," lib. I, c. "de Fals. Relig."

4 Tit. "Liv.," "Hist.," lib. XV, c. ult.; "in Galb.," c. II; Martial., lib. II, "Epig. II, y lib. VI, Epig. XXI.

necian ocultos hacia dos meses en los cementerios, y principalmente en las Catacumbas de la Vía Aureliana, con San Calixto, cuando el emperador encontró medio de arrestar al sacerdote Valentino. El futuro mártir cargado de cadenas es entregado al juez Calpurnio, quien le conduce á su colega Asterico, con orden de llevarle al culto de los ídolos. Asterico obedeció, pero sus esfuerzos son inútiles. ¿Qué digo? un dia su hija, ciega hacia mucho tiempo, se acerca al generoso confesor, quien le vuelve milagrosamente la vista. Penetrado de reconocimiento y de admiracion, Asterico cae de rodillas ante su prisionero, pide el bautismo, se hace cristiano con su mujer, su hija, toda su casa, y todos juntos, llevados á las orillas del Tiber, firman la fe de su sangre. En cuanto á Valentino, expía los buenos resultados de su apostalado por una larga prision. Despues de un año de detencion y de sufrimientos es conducido á la Vía Flaminiana, en donde el hacha del licitor le corta la cabeza. Esto pasaba el 14 de Febrero del año 270. 1 Una dama romana llamada Sabinella, inhumó al generoso mártir en el lugar mismo en que habia recibido la muerte.

Esta circunstancia fija el origen, de la Catacumba de San Valentin á mediados del tercer siglo; tal vez indica una fundacion más antigua. Como quiera que sea, el Papa San Julio mandó edificar una soberbia basílica en el sepulcro del mártir. Esta basílica piadosa entre todas las demas, fué largo tiempo el objeto de la procesion solemne que el clero de Roma hace el dia de San Márcos; hoy desgraciadamente no quedan de ella más que ruinas. La entrada del cementerio se encuentra á media milla de la Puerta del Pueblo, á la mano derecha cerca del *Pon-*

*te-Molle*. Las tierras con que está obstruida hacen muy difícil llegar á ella.

Entre los objetos que decoran la Catacumba de San Valentin, citaré los frescos siguientes, muy curiosos para la historia del arte. En la linterna del arco que corona el sepulcro de un jóven, se ve á la Santísima Virgen de medio perfil, teniendo á Nuestro Señor en su regazo y no apoyado en el brazo. Muchas veces hemos tenido ocasion de indicar el sentido dogmático de esta posicion del Hijo de Dios, que se encuentra sobre todo en los frescos y en los mosaicos posteriores al Concilio de Efeso. La cabeza de María, como la del Salvador, está rodeada con la auréola circular y cubierta con un velo que cae de cada lado de las mejillas y no dejando ver más que el rostro. A la derecha y á la izquierda se lee la inscripcion siguiente, cuya ortografia y contextura, fijan la época según el tiempo de las persecuciones. Está escrita de arriba á abajo y concebida así: SOA DIGENETRIX: *Santa Dei Genetrix*.

Una segunda pintura de la misma crypta y que parece contemporánea de la precedente, presenta á la vista á Nuestro Señor en la cruz. El instrumento del suplicio forma una cruz latina, en la parte superior que pasa la cabeza está fijo el rótulo. En lugar de estar colocado oblicuamente, está horizontal y lleva estas palabras: "Jesvs rex Jvdæorum." Nuestro Señor está en pié en la cruz, es decir, que sus brazos se extienden naturalmente y según la direccion horizontal de los crueros, mientras que sus piés descansan en una peana llamada "suppedaneum." Dos cosas merecen sobre todo ser observadas; la primera es que Nuestro Señor está fijo con cuatro clavos y no con tres solamente; la segunda es que está revestido con una túnica que baja hasta los piés. El tiempo no permite explicar esta doble par-

1 Bar. "An." t. II, "an." 270, n. 5.

ticularidad, que ha ocupado muy útilmente á los arqueólogos y á los artistas. 1 Una cuestión deseada hace largo tiempo y más en relación con nuestros estudios, reclamaba nuestra atención.

¿Cómo llegaban á conocer los primeros cristianos el nombre de los mártires? Cuando se piensa en la multitud de fieles que eran degollados algunas veces; en los obstáculos que oponían los paganos al empeño de los hermanos por acercarse á los mártires, en la dificultad de conocer á los prisioneros extendidos en los diferentes calabozos de una ciudad tal como Roma y traídos muchas veces de países lejanos, cuando se piensa en todo esto, una cosa asombra al peregrino de las Catacumbas; no es la de encontrar muchos mártires inominados, sino la de encontrar demasiados. Además, muchos medios quedaban á nuestros padres para conocer los nombres de los héroes que sucumbiendo en un glorioso combate, adquirían un título sagrado á los homenajes de la Iglesia. En primer rango es necesario colocar el celo de los particulares y la solicitud de los Pontífices.

Apénas se había extendido el rumor de que uno de los hermanos había sido arrestado por causa de la fe, cuando todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, acudían á la prisión para verle, consolarle, animarle, besar sus cadenas y encomendarse á sus oraciones. Le acompañaban ante los jueces, recogían sus palabras y le seguían hasta el lugar del suplicio. Un autor profano del segundo siglo, Luciano, cuenta lo que ha visto con sus ojos: "Hubierais visto desde la mañana acudir á la prisión no solo á los ancianos, á las viudas y á los niños, sino también á hombres de la más alta condición; á fuerza de dinero ganaban á los carceleros y conseguían el

1 Véase Sandini, "Hist. famil. sacr." c. XV.

permiso de entrar, de consolar al impostor y de pasar la noche con él." 1

Lo que se hacía en Roma se renovaba en todas partes. ¿Quién no conoce la admirable caridad de los cristianos de Oriente y de Occidente, de Lyon y de Viena hacia los mártires? El celo fué algunas veces tan lejos, que los obispos se creyeron algunas veces obligados á moderarlo á fin de no irritar demasiado á los perseguidores. 2 El mismo espíritu de caridad inmortal, como el cristianismo que lo inspira, ha atravesado todos los siglos. ¿No se le ha visto producirse en mil heroicos rasgos durante la revolución francesa? ¿No se le ve hoy todavía en las misiones de la Cochinchina y del Tonquin, llevar todos los días á las puertas de las prisiones cristianos empeñados en consolar á los cautivos de la fe?

Pero independientemente de estas comunicaciones diarias con los prisioneros ¿no sucede que la mayor parte de los cristianos, de los fieles de Roma sobre todo, no se conocían ya de antemano? ¿no se sabe que se reunían muy á menudo en pequeñas asambleas; que viajaban provistos de cartas de sus obispos; que no formaban más que un solo corazón y una sola alma y que asistían valerosamente al suplicio de sus hermanos? Así, en tésis general, era fácil á los cristianos de todos los países conocer los nombres de los mártires y grabarlo en sus sepulcros.

En la solicitud de los soberanos Pontífices encontramos un segundo medio de conocer los nombres de los mártires de Roma y una nueva garantía de autenticidad. San Clemente, tercer sucesor de San Pedro, dividió la ciudad en siete regiones. En cada región colocó un notario, hombre instruido, activo, probo, encargado de

1 "Dialog. de Morte Peregrini," n. XII.

2 S. Cypr., "Epist." V. edit. Oxon.

recoger todos los pormenores relativos á los mártires de su cuartel. 1 En 238 el Papa San Fabian estableció en cada región un diácono que tenía bajo sus órdenes un subdiácono y un notario con orden de reunir y de poner por escrito las actas de todos los mártires que morían en el resorte de su departamento.

Los Papas siguientes continuaron con un cuidado extremo la obra de sus antepasados. Quisieron también que los diáconos, los subdiáconos y los notarios escribiesen fielmente todo lo que sucedía de notable en sus iglesias. 2 ¿Qué mejor medio para conocer con certeza el nombre y las actas de los mártires? ¿Por qué habrá perecido ó casi perecido esta colección de monumentos originales? De todos los males que el impío Diocleciano causó á la Iglesia, el aniquilamiento de estos preciosos archivos es tal vez el más grande y ciertamente el más irreparable. El odioso perseguidor mandó quemar todas estas piezas en la plaza pública. 3 Sin embargo, pudieron salvar algunas para hacer los catálogos que han servido de base á los Martirologios Romanos.

Diré de paso que en las otras iglesias del mundo, no se ponía un cuidado ménos re-

1 Hic fecit septem regiones dividi notariis fidelibus Ecclesiae, qui gesta martyrum solliciti et curiose unusquisque per regionem suam perquirent. "Hizo que las regiones se dividiesen entre siete notarios fieles á la Iglesia y que cada uno inquiriese en su región solícita y curiosamente los hechos de los mártires."—Lib., "De Rom. Pontif.," in Clem.

2 Hic regiones divisit diaconibus, et fecit septem subdiaconos qui septem notariis imminerent, qui gesta martyrum in integrum colligerent. "Dividió las regiones entre siete diáconos y estableció siete subdiáconos que ayudasen á los notarios á investigar los hechos de los mártires." "Id in Fabian." Hic gesta martirum diligenter a notariis exquisivit et in Ecclesia recondidit. "Recogió de los notarios y guardó en la iglesia los hechos de los mártires." Id, in Anter.; et in Julio Pp.

3 Euseb., Hist., lib. VIII, c. II y III.—Bar., de Martyrol., c. III.

ligioso en conservar los nombres y las actas de los valerosos atletas del cristianismo. En Africa vemos en los tiempos de San Cipriano al diácono Póncio ejercer la misma función que los notarios y los diáconos regionarios de Roma; Smyrna, Viena y Lyon nos han dejado pruebas admirables del mismo celo. El Oriente y el Occidente nos muestran fieles comprando á peso de oro el permiso de tomar de los registros de los tribunales una copia auténtica de los interrogatorios de sus hermanos. De allí vienen las actas próconulares que forman uno de los monumentos más preciosos de nuestra antigüedad cristiana. Tal es en compendio la doble respuesta á esta interesante pregunta: ¿Cómo llegaban á conocer nuestros padres los nombres de los mártires?

Abordemos ahora esta otra cuestión más bella todavía, á saber: ¿Cuál es la certeza de los signos del martirio? Al lado de un gran número de *loculi* se encuentra una jarra de sangre colocada exteriormente en el sepulcro. Está incrustada en una pequeña abertura practicada en la toba de la galería y cerrada por una ligera capa de cal, cuyo color blanco debía al principio desprenderse vivamente del tinte gris de la toba granular. Otros *loculi* están acompañados de una palma, grabada á toda prisa sobre la cal que une la piedra sepulcral. En fin, hay algunas que presentan á la vez la jarra de sangre y la palma. Esto supuesto, examinemos el valor de este doble signo, la palma y la jarra de sangre.

Pongámonos un momento en el lugar de los primeros cristianos. Hémos ahí, como ellos, encerrados en las Catacumbas, privados de los medios necesarios para escribir largas relaciones sobre los mártires. A cada instante se trae del Anfiteatro, del Circo, de las Naumaquias, de todos

los cuarteles de Roma, cuerpos sangrientos y mutilados. *Loculi* cavados á toda prisa les reciben y se cierran precipitadamente. Así lo exigen la salud de los vivos y la rapidez con que los verdugos multiplican sus víctimas.

Entre tanto, damos una importancia extrema al acto de conservar el recuerdo de los mártires. Por esto queremos señalar sus sepulcros con un hecho distintivo; así lo queremos á fin de saber nosotros mismos, ó á fin de enseñar á la posteridad cuáles son entre esos millones de muertos afiliados en la inmensa necrópolis los que han dado su sangre por la fe, los que han alcanzado la palma de la victoria, en una palabra, aquellos cuyo valor elevado hasta el heroísmo, merece las brillantes recompensas del cielo y los homenajes religiosos de la tierra. A fin de dar estas diferentes indicaciones de una manera á la vez sencilla, durable y auténtica, ¿cómo obraremos? Yo afirmo que, después de haber buscado largo tiempo, nada encontraremos mejor que hacer lo que sigue:

Para acordarnos nosotros y para enseñar á los demás que un fiel ha derramado su sangre por la fe, ó ha alcanzado la palma de la victoria en el más grandioso de los combates, ¿cómo haremos? Colocaremos cerca de su sepulcro una jarra llena de sangre, grabaremos sobre su piedra sepulcral una palma, emblema del triunfo entre todos los pueblos. Estos dos signos elocuentes serán necesarios y tendrán el mismo valor.

Serán necesarios. Si el héroe cristiano ha sido degollado y se ha podido recoger una parte de su sangre, pondremos cerca de él una parte de esta sangre preciosa; pero si el mártir ha sido quemado vivo, si ha sido estrangulado, en una palabra, si ha muerto sin efusión de sangre, el medio de demostrar su triunfo es la palma de la victoria.

Tendrán el mismo valor. La sangre expresará el precio de la victoria; la palma el triunfo ó el glorioso éxito del combate; una y otra repetirán cada una á su modo el mismo hecho, el hecho del martirio.

No es esto todo; estando establecidos estos signos para fijar nuestros recuerdos y para dirigir la piedad de las generaciones futuras ¿en dónde los pondremos? Los pondremos no en el interior del sepulcro, sino en el exterior. De este modo, bastará al peregrino de las Catacumbas acercarse su lámpara á los "loculi" que llenan las sombrías galerías para saber al punto cuál es el sepulcro delante del cual debe prosternarse, ofrecer su incienso y depositar el homenaje de sus oraciones.

En fin, ningún otro sepulcro, por querido que nos sea, si no encierra á un atleta de la fe, no será nunca acompañado de esos signos venerables exclusivamente reservados para los mártires.

Esta conducta que el buen sentido más vulgar indica á todos los hombres, fué literalmente la de los primeros cristianos. Desde luego daban una importancia extrema á conservar el recuerdo de los mártires. La caridad mútua y la religion eran el doble motivo de esta disposición tan universal como incontestable. El respetuoso amor que los fieles tenían á los mártires pasa de toda imaginación. Verles en sus prisiones, hablarles, consolarles, besar sus cadenas, recomendarse á sus oraciones, era para todos los hermanos, hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos, ricos y pobres, sacerdotes y legos, una necesidad de tal manera imperiosa, que para satisfacerla no retrocedían ante ningún peligro, ante ningún sacrificio.

¿Qué digo? ni las burlas de la multitud, ni las amenazas de los magistrados, ni los malos tratamientos de los verdugos, ni el temor muchas veces muy fundado de ver cambiado su papel de espectadores en

víctimas, nada podía impedirles acompañar á sus hermanos hasta el lugar del suplicio. Cada página de la historia de la primitiva Iglesia cuenta algunos rasgos de esta heroica caridad. 1 Este es un hecho sublime como el cristianismo, brillante como el sol. María, las santas mujeres, el discípulo muy amado, aquellos intrépidos testigos de la muerte del Rey de los mártires, tuvieron desde su origen en Jerusalem, en Roma, en Smirna, en Cartago, en Lyon, en Autun, en todas partes, pueblos enteros de imitadores.

La religion perpetuaba este heroico y respetuoso amor. Instruidos los cristianos por los Apóstoles del divino Maestro, sabían que la muerte no rompía los lazos de caridad que les unían con los mártires. Lejos de eso, en cada vencedor veían un amigo poderoso cerca de Dios, un modelo y un apoyo en las pruebas que les estaban reservadas. Sea con el fin de animarse al recuerdo de su valor, sea, en fin, para fortificar su debilidad con el socorro de sus oraciones, desafiaban todos los peligros para reunirse asiduamente cerca de sus sepulcros. Allí, en medio de ardientes súplicas, bebían la sangre generosa que eleva al hombre sobre sí mismo, y en este doble elemento, la oración y la Eucaristía, tomaban la fuerza para subir á su vez al cadalso y bajar á la arena. 2 Por esto puede juzgarse la extrema solicitud con que marcaban con signos comunicables el sepulcro venerable de los mártires.

Estos signos son la palma y la jarra de sangre. Entre todos los pueblos, la palma fué invariablemente el emblema de la victoria y del triunfo. Victoria en los combates, victoria en los juegos Olímpicos, victoria en las carreras del Circo, victoria en las luchas de la tribuna, victoria san-

1 Véase entre otros á Mamachi. "De Costumi de primitivi cristiani," t. III, c. I, p. 27.

2 Mamachi, *ibid.*, c. IV; Boldetti, lib. I; Aringhi, lib. I.

grienta ó no sangrienta, la palma era el símbolo y el precio de ella. 1

Pero aun cuando esta costumbre hubiera sido ménos universal, bastaría para comprender y para justificar la intención de los cristianos, saber que entre los Romanos y entre los Judíos, la palma fué el signo invariable de la victoria. La historia, las pinturas, las esculturas, las medallas del pueblo rey, nos muestran por todas partes la palma como el emblema del triunfo. Sobre una medalla de Augusto se ve, entre la cabeza de Julio César y de Octavio, una palma que indica la vic-

1 Victores utique cuncti ubique locorum palmam manu praeferunt. "Los vencedores, en todas partes llevan en su mano la palma." Pausan., "in Arcadia," lib. VIII; Plutarch, "Sympos," lib. VIII, "quest" IV.—En los juegos se colocaba una palma sobre una mesa, como objeto y recompensa de la victoria: "Palman in medio stadii loco eminentiore, in mensa spectandam proponerent;" "colocaban la palma en el centro del estadio, en un elevado lugar y en la mesa, para que fuese vista."—De allí esta palabra de Virgilio:

Seu quis olympicae miratur praemia palmae.  
"Es digno de admiración el que alcanza las palmas olímpicas."

"Geor., III.  
En Roma se colgaba una palma en la casa del defensor que habia salvado á su cliente en una causa capital: "Patronorum in Urbe domus palmae apponebantur honoris ergo, quoniam cives in iudicio capitali servassent." "En Roma ponían por vía de honor las palmas de los patronos en sus casas, porque en algún juicio capital salvaron á los ciudadanos." De allí estos versos de Lucano:

... Sicut et sine sanguinis haustu  
Nitida legitimo sub iudice bella movere.  
Huc quoque servati contingit gloria civis,  
Altaque victrices intezunt limina palmae.  
".... Movieron la guerra suave bajo el legítimo juez, sin derramar sangre. La gloria de haber salvado al ciudadano entretegió las palmas vencedoras." Arboribus aliis laudabilior palma omnis certaminis est corona, et victoriae monumentum habet ramum virescentem.

"La palma, árbol más laudable que los demás, es la corona de la batalla y el monumento de la victoria, tiene una rama verde."—Liban., "Soph. Enarr. Elog. Palmae."

In certaminibus palmam signum esse placuit victoriae. "En los combates, la palma es el signo de la victoria."—Aul. Gel., "Noct. Attic.," lib. III, c. IV.